

CADIZ, QUE FUE Y ES

Por JOSE MARIA GARCIA CERNUDA

CADIZ se asoma al mar como una princesa enamorada. Desde la punta extrema de Europa, donde el Señor la situó, extiende su geografía mar adentro, sin más unión con el Continente que una faja arenosa que, en algunos lugares, apenas llega a los cincuenta metros de anchura. Da la impresión de que trata de romper a tirones esa amarra leve y lanzarse a navegar por el Atlántico, como una carabela blanca, por rutas bien conocidas, por las que antaño trazaban el encaje de sus rumbos de ida y vuelta las flotas de Indias, que siempre tenían la prodigiosa y fraterna bahía gaditana como punto de partida o de arribada.

Durante tres siglos largos Cádiz fué la ventana, la puerta americana de España. El tráfico marítimo, comerciante, militar, virreinal, entre la metrópoli y las tierras nuevas que los españoles descubrieron y civilizaron, había de pasar por esta ciudad blanca y azul, de calles estrechas y largas, enamorada del sol y de la sal, recoleta y alegre, dulce, inquieta, profunda y serena.

Y siglo tras siglo, con paréntesis de decadencia y discreción históricas, en el último extremo de Europa permanecía esta ciudad, la más antigua de Occidente, viendo pasar las civilizaciones, aprendiendo de todas y a todas enseñando, influida e influyente, con Tartessos, con Fenicia, con Grecia, con Roma, dándole la serena gravedad de sus consules o la gracia alada de sus bailarinas, la métrica exacta de sus poetas o la limpia contabilidad de sus comerciantes. Han pasado las épocas y Cádiz ha sido mencionada siempre, en todas ellas, por algo destacado. Cádiz se ha mantenido en primer plano de acontecimientos. Es plaza de primera retaguardia durante la Reconquista, rodeada de ese cinturón de pueblos emparentados por el apellido legendario de «la Frontera». Y terminada la Reconquista, cuando España, de la mano de Dios, halla un mundo nuevo que cristianizar, es puerto americano y bolsa de contratación que impone sus cotizaciones en Londres y en Amsterdam. El XVI, el XVII y el XVIII señalan la máxima cifra del florecimiento comercial y cultural de Cádiz. Y el XIX lo inicia convirtiéndose en síntesis de España. Es el único trozo de tierra patria que no pisan las águilas invasoras y en él se constituyen los órganos gobernantes de la nación: la Junta y las Cortes, que redactan la Constitución y proclaman los derechos de los pueblos americanos. Todo el siglo XIX es Cádiz, fermento de España. Cuna de alzamientos triunfantes en 1820 y 1860, Corte por dos veces y faro durante todo el siglo. Ve partir las últimas guarniciones para América y regresar los últimos combatientes de España en Ultramar. Siempre, en capitania de una provincia con puesto en la historia; en su torno, el cinturón de plazas fronterizas—Jerez, Chiclana, Vejer, Conil, Arcos, Castellar, Jimena de la Frontera—de los días de combates de moros y cristianos. Todo el resto de los pueblos provincianos, situados más allá de la frontera, tiene nombres deliciosos de sabor africano: Alcalá de los Gazules, Algar, Algeciras, Zahara, Torre Alháquime, Benaocaz, Grazalema, Medina, Tarifa, Benamahoma, Benalup... y los otros, los de este lado de la línea fronteriza, ¿cómo suenan en buen castellano a romance y a fazaña, a cautivas y caballeros!, Rota, Villaluenga, El Bosque, Espera, San Fernando, San Roque, Sanlúcar, Puerto de Santa María, Puerto Real, Puerto Serrano..., la lista toda de sus pueblos huele a historia por sus cuatro costados.

¡Y su geografía! Desde la barcaza blanca que es la capital, se entra, a través de una línea de salinas geométricas, salpicadas de pirámides como la nieve sobre el verde salinero y el azul de la mar, en la ubérrima campiña jerezana, que brinda la viña y el olivo y el trigal: vino, aceite y pan, los tres alimentos elementales y sacramentales: la hostia, el cáliz y la extremaunción.

Superado Jerez, la tierra se eleva como una oración; toda la serranía se ofrece en puntas roqueras y pueblecillos blancos, en restos de castillos, ¡la Reconquista otra vez!, y senderos humildes. Y, en cada valle, el naranjal y el olivar, el trigo y el toro. Y en cada cumbre, la nieve, la torre, la cabra, la roca y la paz. La sierra solemne, cruzada de torrenteras, silenciosa, dura y amada, centinela del Sur, industrial, artesana, conservadora, sencilla y patriarcal. Ascendiendo, ascendiendo, hasta Ronda, en Málaga ya.

Por la costa, la provincia gaditana va dejándose acariciar por el mar: Cádiz, blanco, San Fernando, salinero; Chiclana, labrador; Conil, junto al río Salado, aun con restos de espadas y yelmos de la batalla; Vejer, encaramado en la cumbre como un alcotán; Barbate, pescador y tesonero; Tarifa, soñando todavía el cuchillo de Guzmán; Algeciras, puerta meridional de Europa; La Línea, esperando la redención de la peña gibraltareña y, más adentro, en la montaña, San Roque, donde reside Gibraltar desde 1704, en que los españoles, pendón por delante, salieron de la plaza robada...

Uno de aquellos paréntesis de decadencia gaditana lo ha sufrido la provincia, repercusión lógica del que se acusaba en la capital, entre la pérdida de las últimas colonias españolas y la guerra de liberación. Al cesar toda relación entre España y las tierras americanas, el puerto base del tráfico entre ambos Continentes, sufrió una crisis absoluta. Y los primeros cuarenta años del siglo actual, han sido duros para Cádiz. Consecuencia de la poca vida de su puerto, fué un clima colectivo de desilusión que atacaba hondamente la raíz de todas las clases sociales gaditanas y que no supo ser atajado por los poderes centrales de los tiempos liberales españoles. Cádiz languidecía, recreándose solamente en su pasado, sin luchar por un porvenir tan brillante como su historia y su geografía le hacen merecer. A veces, los pueblos viejos tienen esas crisis espirituales.

Para resucitar definitivamente el espíritu gaditano llegó a Cádiz, como representante del Gobierno del Caudillo, a desempeñar el Gobierno Civil de la provincia, un hombre joven, de la nueva generación española que, tras hacer la guerra de liberación, ha volcado su entusiasmo en la edificación de una Patria soñada. Esto fué a finales de 1946. Al llegar, fueron movilizadas todas las fuerzas y todos los resortes provinciales para confeccionar un plan de ordenación económico-social de la provincia. Se estudiaron todas las posibilidades de engrandecimiento provincial, dentro de una línea general que el Gobierno de Franco dictó a todas las provincias españolas. Y al cabo de un año de intensa labor, quedó redactado el plan en el que, tras la enumeración de posibilidades de todo tipo, se expresan cuantos proyectos son posibles para un engrandecimiento definitivo de la región.

Consecuencia de ello ha sido un movimiento extraordinario en todos los estamentos gaditanos en pro del levantamiento de su provincia: el Gobierno, a las exposiciones y peticiones del Excmo. Sr. D. Carlos María Rodríguez de Valcárcel, Gobernador Civil de la provincia, ha respondido con una lluvia de beneficios en forma de obras públicas de todo tipo (pantanos, aprovechamientos hidroeléctricos, carreteras, mejoras de puertos, ferrocarriles, creación de una zona franca de enorme importancia futura, factorías, traídas de aguas, etc.), de obras industriales, agrarias (solamente el Instituto Nacional de Colonización comienza en estos días la creación de once nuevos pueblos, aparte de los ya levantados desde 1936 a hoy), fomento de la industria y demás realizaciones tendentes al resurgimiento total de la provincia. Miles de millones de pesetas están en este momento invirtiéndose en obras en Cá-

diz. Y, como consecuencia, existe un movimiento de resurrección de la moral colectiva, de formidables posibilidades de aprovechamiento.

Pero no es de ello de lo que quisiéramos hablar aquí. Nosotros queremos contar a nuestros lectores sobre una tarea de extraordinaria belleza, de verdadera línea poética, que, bajo los auspicios del gobernador civil actual, viene desarrollándose en la provincia. Es la que tiene encomendada la institución «Patronato Social José Antonio», de la Jefatura Provincial del Movimiento.

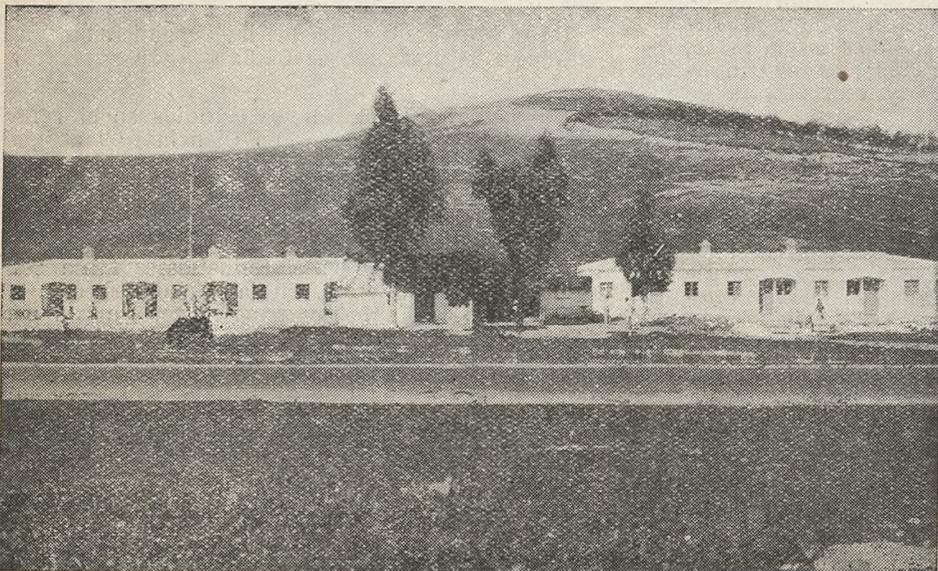
Con medios mucho más exigüos de lo que la amplitud de su labor requiere, el Patronato—hoy la Institución más popular en todos los pueblos gaditanos—se ha propuesto acudir en ayuda de aquellas localidades que tienen necesidad de efectuar determinadas obras de mejora que, por su envergadura, no son de fácil realización con los modestos presupuestos municipales y, por no tratarse de obras de verdadera importancia, no alcanzan los beneficios derivados de los organismos centrales: la escuela, el lavadero, el mobiliario, el pequeño quirófano, la vivienda modesta, la capilla, la subvención que apuntala una obra, todo lo que el pueblo necesita y no puede resolver por sí mismo. Los Ayuntamientos acuden al Patronato con sus pequeños y grandes problemas y el Patronato resuelve rápida y cordialmente cosas que, a veces, eran ilusiones o necesidades del pueblo desde tiempo inmemorial.

Recientemente, el Patronato se ha propuesto una nueva y bellísima meta: la lucha contra el chozo. En todo el Mediterráneo, en las tierras de clima benigno, es siempre frecuente la existencia de viviendas miserables, situadas en los suburbios de las ciudades y en las proximidades de las carreteras, donde se han instalado desde generaciones atrás familias que viven en condiciones que repugnan al sentido cristiano del Movimiento español. Y el Patronato «José Antonio», se ha propuesto acabar en Cádiz con tal lacra. Ya en todos los pueblos de la provincia se van alzando los grupos de casitas bellas, claras, limpias y alegres, que se regalan por el Patronato para sustituir las miserables viviendas de lata y barro, de paja y madera que avergonzaban con su presencia.

Pudimos haber ilustrado esta información con fotografías de grandes obras en las que se consume el cemento por millones de toneladas, en las que trabajan los obreros en batallones y en las que se barajan cifras colosales. Pero hemos preferido hacerlo con unas cuantas realizaciones del Patronato Social «José Antonio», eficaz, discreto, humilde y generoso, porque el Patronato es hoy en la provincia gaditana la institución más cordialmente querida de todas las gentes. Es algo que sienten como suyo, que comprenden en su dimensión municipal, que defienden como algo que se tiene muy cerca y se entiende muy bien.

Y esta tierra tan vieja y tan cuajada de historia, queda mejor retratada en la modestia de una Institución artesana que en el colosalismo de las grandes realizaciones. Porque los pueblos que han superado el paso de las civilizaciones, los pueblos antiguos y aristocráticos, de raza vieja, es en lo menudo, en el detalle, donde se sienten retratados. Y las edificaciones blancas y limpias que se alzan en todos los rincones de este pueblo son, precisamente, las que él comprende y él ama: porque se siente proyectado en ellas. Porque son para él, para su disfrute. Porque están a su alcance.

Así, entre la gran protección estatal y la artesana tarea del Patronato Social «José Antonio», sigue Cádiz su singlatura por la Historia, vieja, sí, más vieja que ninguna otra tierra de Occidente. Pero con la alta mirada de los pueblos que se saben en la ruta verdadera y avanzan mirando de frente al sol.



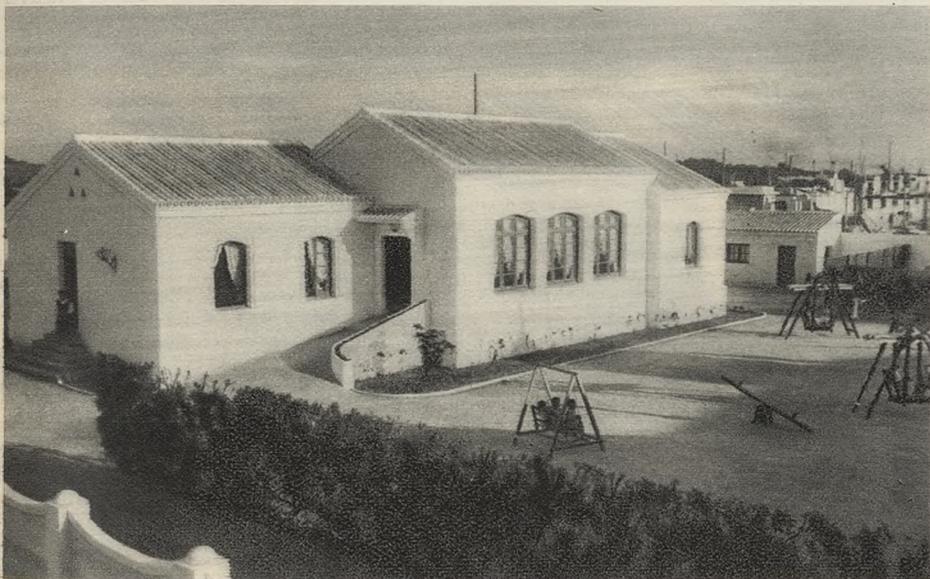
La lucha contra el chozo. Cerca de Jerez se veían unas barracas como la que aun se aprecia en nuestra "foto". El Patronato las va substituyendo por excelentes edificaciones.



En Sanlúcar de Barrameda se ha edificado un barrio de casitas campesinas rodeadas de tierra de labor, que se han entregado a colonos humildes, resolviéndoles su existencia.



CADIZ SE ASOMA AL MAR, COMO UNA PRINCESA ENAMORADA...



Para atender a los hijos de las obreras mientras ellas trabajan, el Patronato «José Antonio» ha construido en Cádiz la Guardería Infantil «Nuestra Señora de Sonsoles».



En Zahara de la Sierra se ha edificado, como en tantos otros pueblos gaditanos, un hogar para que las juventudes rurales tengan donde reunirse a descansar.



En Torre Alháuquime, en la punta de la provincia, metido en la sierra, se alza este grupo escolar para niños, construido por el Patronato Social «José Antonio».



El Patronato ha alzado en Cádiz este grupo de veinte viviendas ultraeconómicas, pequeña parte del plan destinado a solucionar definitivamente este problema.